



—¡Pobre Arturo! ¡Qué desgracia! Figúrate que su mujer iba a suicidarse y él ha tratado de suadirla...  
—¿Y qué?  
—¡Que lo ha conseguido!

Dib. SERNY.





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 603. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL  
DE  
FUMAR

# BAMBÚ



LOS TAMBORES  
POLVOS INSECTICIDAS  
**LEYER y COMP<sup>ª</sup>**  
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA  
CLASE DE INSECTOS



# Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

## BASES PARA EL CONCURSO DE FEBRERO

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios consistirán en tres objetos de arte.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 10 de marzo, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción o por correo,

precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de febrero, insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN

HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los números del mes de marzo se publicarán las soluciones y los nombres de los concursantes que las hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

### 1.—¿Cuándo te podré ver mañana?

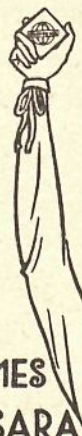
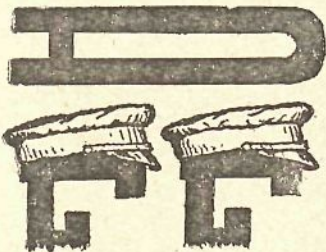
50IXI50IXI

### 2.—Charada

—Segunda tercia prima segunda, y verás qué bien te sienta.

—¿Qué asco! ¡Si parece cuarta tercia!  
—No importa; pero es muy bueno para el todo.

### 3.—Acabó con el animal



**OROCREMA**  
FAMOSO JABÓN DE ALMENDRAS

**ÚSELO Vd!**  
Es el mejor tratado de belleza de la piel



Es una producción de

**LOS PERFUMES DE TASARA**

BADALONA



**SOMBREROS BRAVE**  
6 · MONTERA · 6

### 4.—Charada

—¿Conque prima prima cuarta, tu hija, le ha quinta cuarta quinta mil duros su tío? ¡Qué segunda tercia cuarta!

—Ya era hora de que yo fuese toda alguna vez.

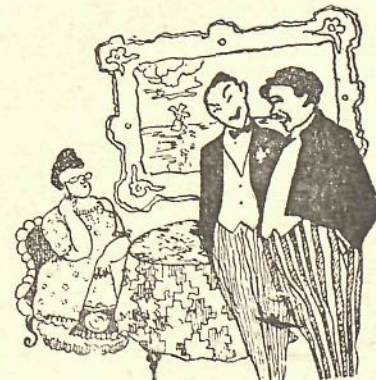
### Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero

### 5.—Pronto se casará

PAL O  
COLOR COLOR

### 6.—Está prohibido



—He asistido a una terrible lucha de bestias feroces.

—¿Cuándo?

—El día que le aplicaron doce sanguijuelas a mi suegra.





MARCA REGISTRADA

# CANAS BRILLANTINA INDIA

Sin teñir, desaparecen usando

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. -- Calle Muñoz Torrero, 6. -- MADRID

## EMBROCACIÓN "HERCULES"

LINIMENTO suave y limpio. Cura REUMA, DOLORS, GOLPES, CONTUSIONES, LUMBAGO, etcétera.

Unico producto español que es fácil y absorbible por la piel. dejándola blanca y fina. VENTA: Principales Farmacias y Centros farmacéuticos Autor: G. Fernández de Mata. La Bañeza (León).



PEDID SIEMPRE

# TAP-SOT

El primero y mejor

FIJADOR para el cabello

EN PERFUMERIAS

## CLICHES

se venden a precios módicos los publicados en este semanario

**TAPAS** para encuadernar colecciones

semestrales de

**BUEN HUMOR**

se venden en la Administración de dicho semanario a tres pesetas una. Se envían certificadas si al remitir el importe acompañan 0,30

BUEN HUMOR lo vende en la  
**ISLA DE CUBA**  
**CULTURAL, S. A.**

PROPIETARIA DE

La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135

Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62

**HABANA**

## TRICUPILO ESTRAGUES

Usandolo dejara de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12 BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.



## UN HOMBRE ILUSTRADO



Hugo Scot, viejo marino dedicado a la pesca del bacalao, para la extracción del tan beneficioso hígado, y que seguramente conoceréis por el retrato, pues tuvo el honor de ser fotografiado para la etiqueta de una conocida emulsión, era de una ignorancia enciclopédica. No conocía ni las letras, hasta el extremo que cuando le ponían sopa de abecedario creía que era de puntetas.

Ignoraba la mayor parte de los nombres de las cosas, y los que nombraba nunca lo hacía con la palabra apropiada.

Pues este hombre de esta incultura general era llamado por todo el mundo un hombre ilustrado.

¿Cómo se puede llamar ilustrado a un ser que no sabe de nada? ¿Sería un mote el denominarle así? Nada de eso; las personas que me daban estos datos me aseguraron que no. Tampoco ciertamente por llamar a un hombre ilustrado puede considerársele apodado.

Pude llegar a conocerle personalmente. Como basto, era un as. Mugía al hablar. Era tardo en la palabra y obscuro en el concepto. Se diría al verle que se estaba ante un hombre gorila, aunque verdaderamente no se encontrara en él nada de mono, pues era feísimo.

Cuando yo le conocí acababa de llegar a Madrid, no tenía alimento ni abrigo y consiguió entrar en una peletería. Deambulaba por la corte con un gabán de nutria hasta los pies y un gorro accasado de la misma piel, y de vez en cuando desenvolvía ante los transeúntes un pergamino en el cual se leía: "La zorra al busto", Peletería. León, 1. Cibelinas, Nu-

trias, Astracanes. Se conserva la piel. En la casa no hay gato."

Sentándome en un banco de un paseo donde él solía descansar de su ambulante trabajo, conseguí ganar su confianza, y ya en el seno de la intimidad, me refirió su historia. Era triste y absurdísima.

Durante la pesca del bacalao en los mares del Norte, una ola le había arrojado al agua, y luchando con el líquido elemento había permanecido dos días, hasta que, extenuado y desnudo, consiguió ganar una isla habitada por salvajes. Advertido por los habitantes y ante su desnudez le rodearon, observándole con curiosidad. Temió por su vida, pero cuál sería su sorpresa cuando vió que le miraban

de cerca el cuerpo, dando grandes muestras de alegría y haciéndole dar vueltas como para verle mejor. En seguida cayó en el motivo de aquella acogida y minuciosa observación. Scott en su andariega vida había sido tatuado muchas veces. Tenía marcado un barco en el pecho. Una serpiente de cascabel le rodeaba el brazo con la boca abierta, enseñando la campanilla. En la espalda, una campiña le cubría de omoplato a omoplato, y en las piernas sendos dibujos de hombres y animales estaban tatuados en su piel.

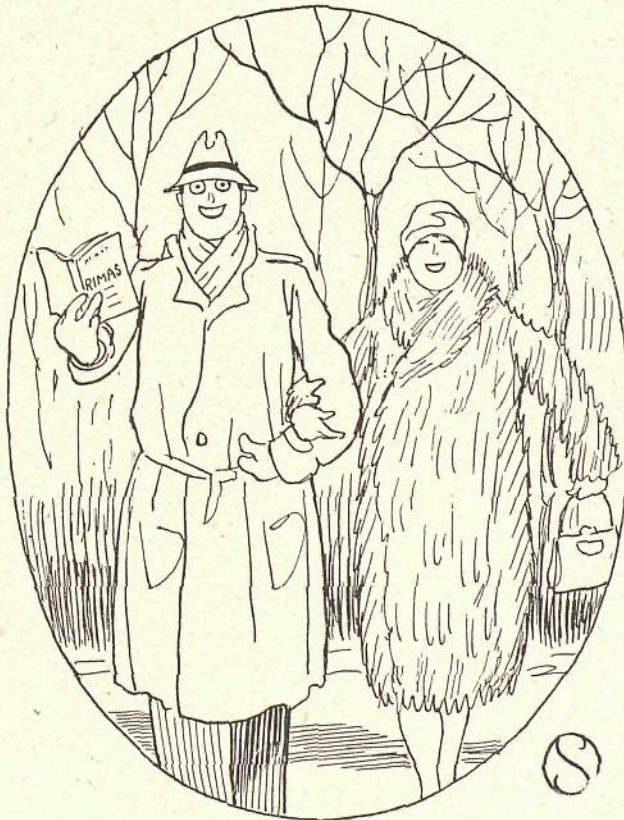
Como la noticia corrió pronto por toda la tribu, los salvajes se agolpaban disputándose el turno para mirar todo lo tatuado en el cuerpo de Hugo.

Ante este interés por mirarle sus dibujos corpóreos, se proporcionó como pudo una cubierta y les hizo comprender a los salvajes que para verle el texto tenían que pagarle.

Hizo como una especie de suscripciones. Se encerró en una choza y salía para unos a diario, los que más pagaban, para otros dos veces por semana y terminó por no salir nada más que los domingos, ni más ni menos que el *Blanco y Negro*.

Fué, por lo tanto, Hugo Scott el primer y tal vez el único semanario humano que se ha conocido. Cuando viajaba dentro de la tribu iba como impreso. Le ponían una faja para que no se enfriara y para la dirección y servía las suscripciones de provincias.

Esta fué la razón inexplicable de que a este sér, por completo analfabeto, le llamara todo el mundo un hombre ilustrado. Y reconozcamos que, después de conocidos estos extraordinarios antecedentes, para ello no les faltaba motivo.



Dib. SILENO.—Madrid.

ANTONIO PLAÑOL



## NARRACIONES SANGRIENTAS

*La catástrofe del circo de Budapest*

El circo estaba espléndido, resplandeciente, rumoroso, pleno, alegre y redondo. En sus palcos se habían dado cita (y unos habían acudido y otros no, como pasa siempre) todos los personajes notables, aristocráticos, adinerados y rubios que significaban algo, o que no significaban nada, en Budapest. La luz de los focos se extendía en haces (en haces lo que puedes) sobre las cabezas de la multitud espesa y sonriente; y las voces argentinas de las mujeres, los gritos de los niños y las blasfemias de los militares sin graduación, ponían una nota original y

satisfactoria en la policromía desvergonzada del cuadro.

La orquesta, por lo visto exageradamente pudorosa, en vez de tocar, rozaba apenas ciertos trozos de *Carmen*, y el público acompañaba con los pies los pasajes más importantes, mientras en la pista se iba desarrollando el programa con arreglo al orden establecido en los carteles.

Ya habían conmovido al auditorio los *Hermanos Brunswick* en su emocionante ejercicio de jugar al ajedrez en el alambre. Ya había sido pródigamente aplau-

dido el número del *Profesor Kamisoff*, que consistía en hacer nadar a novecientas catorce puigas en un dedal lleno de agua de Carabafia. Ya habían celebrado los espectadores el mérito bestial y elegantemente salvaje de la *Troupe Gallegos*, compuesta por cincuenta serenos de Lugo que abrían una puerta a puñetazos, demostrando que los serenos que abren las puertas con llave son unos infelices anémicos, con los cuales no puede contar la patria para nada serio. Y ya había producido la sensación de costumbre en el ilustre senado el arriesgadísimo trabajo del atleta *Monsieur Amer Picón*, que sostenía doce hombres conscientes en la pista, aparte de sostener a catorce hijos, a su esposa y a suegra y media en el domicilio particular.

Después del trabajo de este atleta tan bruto, se anunció un descanso de veinte minutos (lo que nos parece muy poco, pues si nosotros cometiésemos la insensatez de sostener a tanta gente, necesitaríamos, por lo menos, un descanso de veinte días). Y después de ese descanso tan bien ganado, se reanudó la función, comenzando la segunda parte.

Los que hayan asistido a los diversos circos importantes que hay en el mundo sabrán que en todas partes en la segunda parte está el *clou* del espectáculo. Y aunque digo al mismo tiempo que está en la segunda parte y en todas partes, no creo que tenga que aclarar que ambas cosas son compatibles y, por lo tanto, no digo más, porque el papel está caro y no es cosa de llenar más del debido en divagaciones inoportunas.

Quedábamos, pues, en que comenzó la segunda parte del programa. El circo entero vibró de emoción al aparecer en la pista el famoso domador de osos y madroños *Filippo Capistrano*. Durante seis minutos conmovieron a los circunstantes los atroces ejercicios de los osos de seis meses, de los osos de dos años, de las osas de edad más madura y de los respectivos padres de aquella familia, o sean el oso grande y la osa mayor. El público rugía de entusiasmo; los osos rugían de no sabemos qué, porque no lo dijeron, y los aplausos resonaban bárbaros e inaguantables en los distinguidos ámbitos del local. Fué un momento de emoción y de ruido de los que dejan memoria hasta en el tío más olvidadizo y amnésico.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—¿Cómo tienes tantas novias?

—Porque me echo gasolina en los pañuelos y las hago creer que tengo automóvil.



Los clowns *Bigardi* y *Sogolfs* tranquilizaron un poco al auditorio con sus chistes napolitanos y con sus tortas resonantes. Y también produjo cierta agradable impresión el debut del notable amaestrador de perros *Strombemann*, sobre todo cuando dijo en la pista que los perros no habían llegado todavía de la estación, por un ligero retraso del tren; pero que para no perjudicar a la Empresa ni al público trabajaría sin ellos, que casi resultaba del mismo efecto sólo con poner los espectadores un poco de buena voluntad y figurarse que los canes estaban allí. Para contribuir un poco a esta ilusión, la orquesta tocó un *can-can*, y la gente se dió por contenta con los dos canes musicales.

Y llegó el número final, el esperado por todo el Budapest circómano y admirador de los animales: la presentación de las fieras del *Capitán Beetonmery*.

Colocóse en la pista una jaula así de grande..., quizás más grande todavía..., y hasta puede que fuese mayor... ¡Sí, era mayor aun!...

Poco después había, en el centro de aquella jaula tan enorme, doce leones, tres tigres, dos chacales, veinte panteras, un leopardo, diez llamas, cincuenta gatos monteses y un galápago con traje de seda.

¿Qué pasó después?

Budapest todavía no se lo ha explicado; pero nosotros creemos saber a ciencia cierta que el *Capitán Beetonmery* no había abonado la jaula al herrero forjador que se la hizo en Londres. Y éste, no queriendo ser inglés dos veces, se presentó en el circo budapestífero y cominó al capitán con llevarse la jaula si no le pagaba. El capitán dijo que no tenía nada suelto, y el acreedor, para convencerle de lo contrario, se llevó la jaula en el acto. Y, ¡claro!, el capitán tuvo entonces suelto a todo aquel montón de fieras espantosas.

¡Para qué decir más!

Los horribles animales, ante el horror del público, invadieron los cuartos de los artistas, y, unos tras otros, se comieron opíparamente a los *Hermanos Bruñis-*

*wick*, al ilustre *Profesor Kamisoff*, a la aplaudida *Tribuza Gallegos*, al forzudo atleta *Amer Picón*, al juvenil y ovacionado *Filippo Capistrapo*, a los clowns *Bigardo* y *Sogolfs*, al humorístico amaestrador *Strombemann* y, por último y como suculento postre, a su propio dueño y señor, el moroso *Capitán Beetonmery*.

Y tenemos entendido que el dilatado banquete les hizo muy buen provecho.

Más vale así.

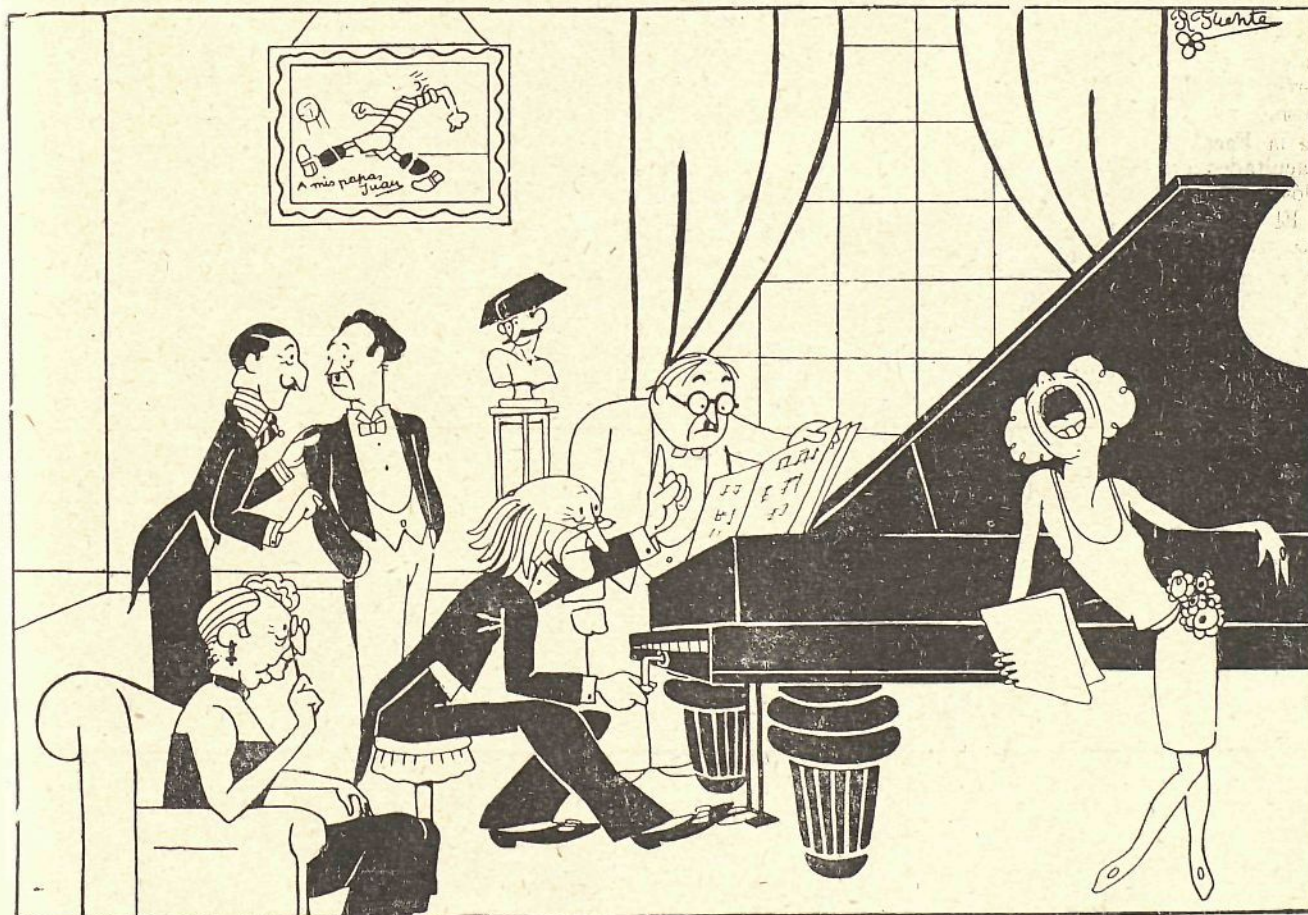
\*\*\*

Al otro día el empresario del circo hizo colocar a la puerta el siguiente cartel, orlado de unas franjas de luto conmovedor:

"La función de esta noche se suspende, en señal de duelo, por la muerte de toda la compañía."

No se puede dar homenaje más delicado y tierno en un empresario circense y negociante.

ERNESTO POLO

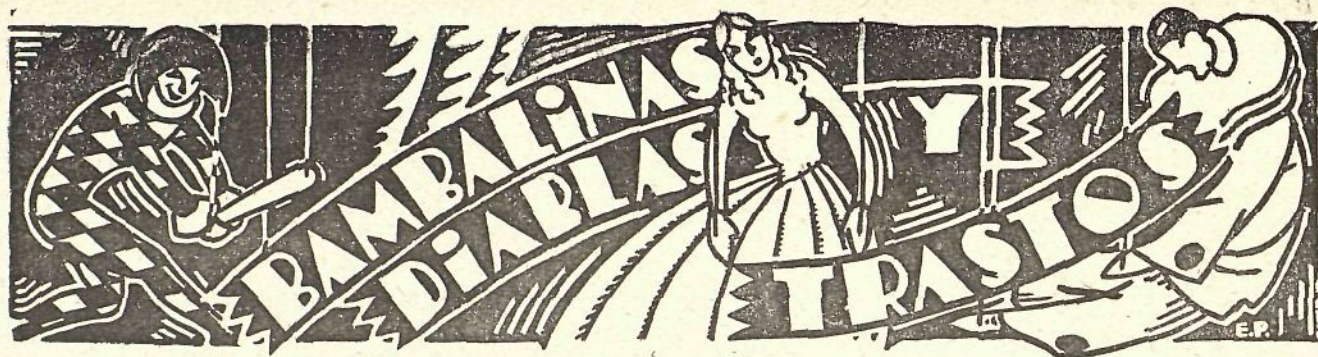


Dib. FUENTE.—Madrid.

—Yo creo que para ella es una ventaja tener la boca grande.

—Ca, no lo crea usted. Hace poco estuvo cantando dos horas seguidas, se la enfriaron los riñones y por poco se muere.





## Ganaderos y filósofos o "La borrachera del sabio"

Se nos ha presentado en la Redacción un grupo de profesores de Filosofía para rogarnos la inserción del comunicado siguiente:

Sr. Encargado de la Sección teatral de BUEN HUMOR.—Muy señor nuestro.—Hemos visto en el teatro Fontalba la obra de Francisco de Curel, traducida por Eduardo Marquina, *La borrachera del sabio*, y queremos unir nuestro aplauso al de todos, en lo que respecta al diálogo, a su finura, a su valor literario, a su ingenio y a su interés; pero queremos también, al mismo tiempo, protestar en nombre de la Facultad de Filosofía y de las Facultades amorosas de nosotros los filósofos.

El dramaturgo ha presentado en esa obra a una muchacha y a un lado y otro de ella los dos hombres que van a disputársela: un ganadero, por un lado; un profesor de Filosofía, por el otro.

Que sea el ganadero el que se lleve a la muchacha... ¡allá él! creo que nos tiene sin cuidado; eso no supone desdoro para la Facultad: si la Filosofía no hubiera, hasta la fecha, podido demostrarnos que el matrimonio es una cruz y no un Parque de Recreos (al menos para el marido) sería cosa de vender al peso nuestros libros (y ya pesan algunos lo suyo). A nosotros, eso de que el rústico noble dedicado a la cría caballar "conciba" la idea de extender su industria y lleve al tálamo a la joven, créanos usted, caballero, que es un detalle baladí, más digno de conmiseración que de otra cosa, y que produce en nosotros el reflejo automático que actúa sobre los músculos torácico-braquiales y produce la acción que llaman "encogerse de hombros".

Esta es la reacción natural que se

produce siempre, normalmente, en el sistema psico-físico de cualquier profesor que tenga vista.

No hablamos a la ligera; hemos sometido el caso a examen en nuestro laboratorio de Psicología Experimental: hemos colocado en una plataforma a un ganadero, en otra a un filósofo, y, en medio, a una Coneja de Indias; una Coneja bipeda e implume: queremos decir, humana; queremos decir—para decirlo de una vez—a una señora.

En cuanto el filósofo tuvo el concepto subconsciente y visual de la señora; o sease, en resumen, en cuanto nuestro digno compañero le echó el ojo a la dama, dió una sacudida fulminante la aguja de la máquina registradora que habíamos previamente conectado con los pulsos del sabio en cuestión. La línea que en el diagrama marcó entonces la aguja tenía mucho de chispa eléctrica—y de vergüenza, ni chispa—. Las coordenadas todas andaban desordenadas y el manómetro marcó, de un modo indubitable, presión, hipertensión y casi casi explosión. Quedaba demostrado, por lo tanto, que se cumplía la primera ley de Fechner, aquella que se formula con el lema: "A nadie amarga un dulce".

Pero en cuanto se le dijo al cate-drático que o se casaba o que si quieres, la aguja del manómetro comenzó a oscilar del 10 al -10, diciendo a las claras "nonnes".

Y aunque insistimos y dijimos: "Mira que el ganadero, el infeliz, está dispuesto a casarse", el manómetro insistió en la negativa y, descifrada la curva del diagrama de la máquina registradora, vimos que decía, traducido al lenguaje vulgar: "Para él la perra gorda", expresión focklórica y vulgar que nuestro ilustre compañero

empleó, sólo, sin duda alguna, para ponerse a tono con el léxico y el estilo de su rival el ganadero, y en la cual las palabras "perra gorda" no creemos que se refirieran, taxativa y concretamente, a la dama.

Insistimos, pues, por todo esto, en afirmar que lo del casorio de la chica con el ganadero o con cualquiera, es detalle que cosquillea jovialmente en las visceras abdominales de cualquier filósofo docente. El ganadero se creará que ríe el último; pero nosotros sabemos que esa risa es la risa del conejo.

Ahora bien, lo que a nosotros nos mueve a la protesta es la parcialidad del autor a favor del ganadero y en contra de nuestra clase. El retrato del profesor es irrisorio; el retrato del ganadero, lisonjeador y al cromo; al cromo y al boro.

Ya hemos encargado al Centro de Ampliación de Estudios, que nos proporcionen los retratos de cuantos ganaderos haya en Francia y en España: si son tan morenazos y agraciados y galanes como el excelente galán y moreno Don Luis Peña; si son tan esbeltos y gentiles; si saben hablar y conducirse con la sobria soltura de Luis Peña; si llevan un pantalón tan bien cortado y unas americanas tan apuestas; si los carteros rurales pueden ser confundidos con Luis Peña; si hay un sólo ganadero, aunque sea conde, tan filósofo, poeta y erudito, que hable de los parthos y los partos, como habla en *La borrachera del sabio* el aludido ganadero, los sabios serán ellos y los borrachos, nosotros.

Pero no es esto sólo, señor mío.

Lo grave está que enfrente, para hacer *pendant* a esta alhaja nos pinta Francisco un sabio que ¡válganos Aristóteles!... Monsieur Fran-



çois, señor, no juega limpio: el filósofo aquel es un imbécil tan imbécil como el otro dandy, guapo, decididor y... François de Cural. Todo en el ganadero es ejemplar, salvo lo de comparar con una yegua a la señorita Hortensia. ¿Yegua Margarita Xirgu?... ¡La verdad!... No sabemos qué actriz incorporó en Francia, cuando el estreno de esta obra, el papel de protagonista; suponemos que se trataría de alguna hembra recia, y zoológicamente sugestiva. Margarita es sugestiva, pero no zoológicamente: habría, cuando menos, que buscar en la fauna de Linneo alguna otra especie; una especie más picante: género felino, si acaso; pero equino, nunca.

Dejemos, sin embargo, estos detalles que no son esenciales. "Yegua", puede ser, después de todo, casi hasta un piropo. El autor así lo cree. Y en la sala, al escucharlo, se oyen algunos relinchos de asentimiento. Pase, pues, que la señorita Hortensia sea yegua y no flor, como su nombre indica. Y pase que el ganadero sea en el programa caballo y ganadero en una pieza. Pero, ¿por qué y a santo de qué reducir a burro al sabio? ¿Por qué poner en ridículo a la magistratura filosófica?

Dicen en la obra que el filósofo puesto en trance de ver a una real moza bañándose en el río, prefiere quedarse en seco y hasta meter las narices en un libro antes que dedicarse a la investigación ocular de las manifestaciones naturales.

Esto, caballero, desacredita, como puede comprender, la fama de la ciencia. ¿Qué ciencia es esa que, hoy en día, desdeña lo experimental hasta ese extremo?

¡Eso es calumnioso, caballero!...

¡Asegúrelo usted en su revista!... La palabra Filosofía significa—según dicen en la obra—"amante de la sabiduría". Es una palabra, en efecto, que se compone de otras dos: "Filo": amor, y "Sofía": sabiduría; pero si "Filo" es Amor, también es Filomena: "Filosofía", pues, quiere decir "Ciencia de la Filo"... "Saber cómo las gastan las Filos" "Saberse al dedillo la organización y los secretos de las Filomenas de este mundo": ese es el significado y la cú-

pide y el ápice de la sabiduría verdadera: de la Filosofía *perennis*.

Sepa usted, caballero, y sepan todos, que la Filosofía, en estos tiempos, va siendo, poco a poco, un arma de salón y hasta de tocador casi. (Y al decir "tocador", no aludimos a los tocadores de guitarra, ni de arpa, ni de ninguna otra cuerda, sino al recinto secreto donde la mujer se toca, se retoca y se acicala). Sepan ustedes que ahora, en las Conferencias metafísicas, vemos muchas señoras de un físico excelente. Ese es el camino. Que el "físico" llegue a la "meta" y tendremos lo metafísico. Pero si empiezan en las tablas a desacreditarnos nos partirán por la "meta" y... por la *metá*.

De ahí que protestemos. Argu-

mentaciones falsas, no. Propagandas capciosas, no. Fuera propagandas parciales, tendenciosas, a (favor de los criadores de caballos. Si el malthusianismo invade España — y nos resistimos a creerlo—, fomenten en buen hora los veterinarios, si quieren—y los médicos, si acaso—la cría de cuadrúpedos; pero no traigan al teatro, desde el campo de la filosofía, malas artes; ya tiene el teatro bastante con las malas artes propias.

MANUEL ABRIL

**FRIGOT**

Crema para la conservación y hermosura del cutis.—La de mejores condiciones.

F. Betrián, Hospital, 113.—Barcelona.



Dib. Roca.—Barcelona.

—No tengo inconveniente de servirle de modelo, pero ¡por Dios! no me mire porque me da muchísima vergüenza.

**ALBERTO** Pulseras de pedida  
7, CARRETAS, 7

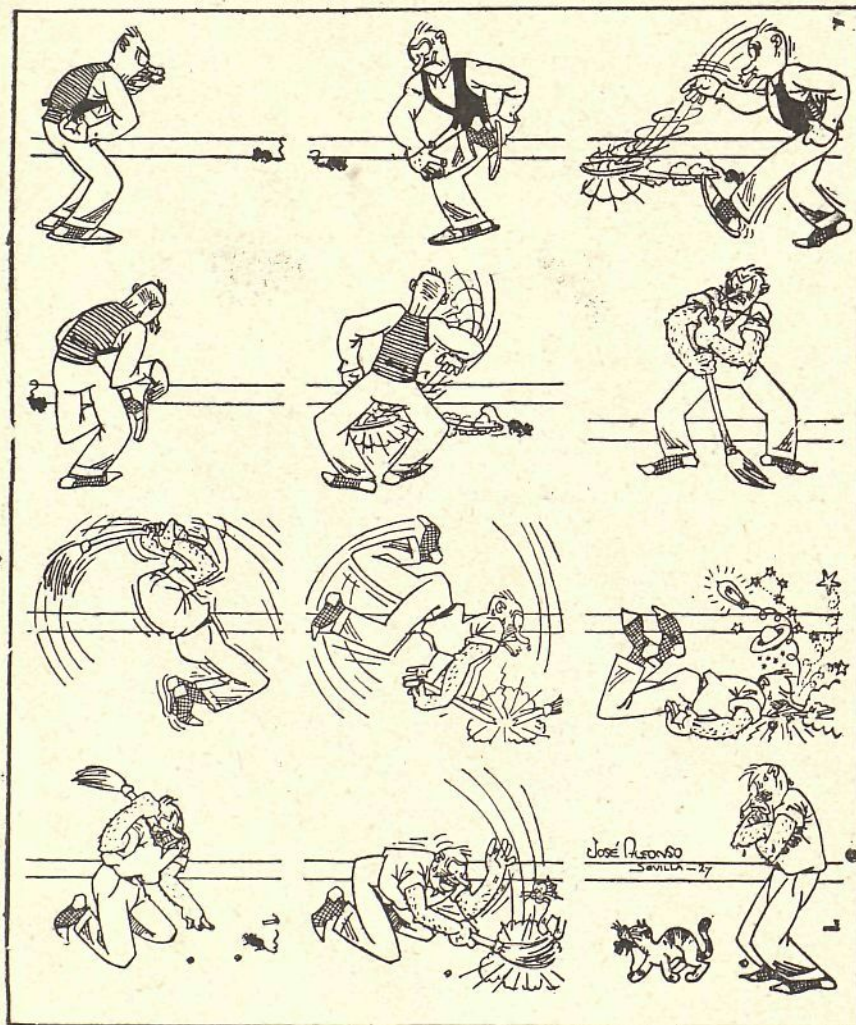


# Un año de piano..., y ya veremos

Carta que en tono formal  
dirijo a una angelical  
niña que, desde el verano,  
toca a diario el piano  
de manera criminal:  
"¡Señorita! ¡Señorita!  
¡La que aspira a profesora  
y aporreando el piano  
pasa el día, hora tras hora!...  
¡Señorita distinguida!  
¡Por los clavos del Señor!  
¡Compadézcase un momento  
de este infeliz escritor!...  
¡Señorita encantadora!

¡Que yo tengo que vivir  
de lo que mi pluma escribe,  
y que no puedo escribir!...  
¡Señorita preciosísima!  
¡Que la *lata* es soberana  
repetiendo un *fox* famoso  
por tarde, noche y mañana!...  
¡Elegante señorita!  
¡Que ya es mucha pesadez  
colocarme *El sobre verde*  
una, y otra, y otra vez!...  
¡Señorita de mi alma!  
¡Tenga de mí compasión,  
y estudie usted cuanto quiera,

pero cerrando el balcón!...  
¡Adorable señorita!  
¡Qué es usted archisimpática,  
y *por mor* del instrumento  
va a serme usted antipática!...  
¡Señorita filarmónica!  
¡Que al tomar el chocolate  
ya está usted ante el piano  
con Chopin dándome mate!...  
¡Wagneriana señorita!  
¡Que yo me siento a comer,  
y Beethoven y Guerrero  
me fastidian sin querer! .  
¡Señorita dulce y bella!  
¡Que, en cuanto empiezo a cenar,  
minuetos y charlestons  
me vueiven a fastidiar!...  
¡Estupenda señorita!  
¡Por Jesús de Nazareno!  
¡Que yo siempre salud tuve,  
y hace tiempo no estoy bueno!...  
¡Señorita de mis ansias!  
¡Que me va usted a matar  
si continúa más tiempo  
empeñada en ensayar!...  
¡Persistente señorita!  
¡Tenga usted instinto humano!  
¡Sea usted amable y buena!  
¡Venda usted ese piano!!  
¡Señorita rubicunda!  
¡Que por fuerza dejaré  
este cuarto que yo habito  
si sigue tocando *usté!*...  
¡Teceleante señorita!  
¡Que los pollos, al notar  
cómo toca *usté* el piano,  
no se van a declarar!...  
¡Señorita charlestónica!  
¡Que hay un rubio seductor  
que la mira a usted con ojos  
que están chorreando amor!...  
¡Temeraria señorita!  
¡Que ese rubio dijo ayer,  
al oírla una sonata,  
que un día no va a volver!...  
¡Señorita! ¡Señorita!  
¡Basta ya, por compasión!  
¡Que estoy viendo que esto acaba  
en tragedia y defunción!...  
¡Señorita de mi vida!!  
¡Escúcheme, por San Bías!!...  
¡Escúcheme!!... Y mejor que eso,  
¡que yo no la escuche más!!..."



Dib. José ALFONSO.—Sevilla.

El hombre y el ratón o el gato que cazaba ratones después de muertos.

X. X. X.





Dib. AREUGER.—Madrid.

El, ingenuo.—*¡Anda, se me han perdido los cinco que tenía!*

La niña, práctica.—*Por poco te apuras, hijo. ¡Pon un anuncio!*



# El perro de mi amigo

Al fin decidimos darnos por vencidos por aquel hermosísimo dogo danés los veintiséis amigos que le rodeábamos pretendiendo sujetarle. Salimos de casa de X, el propietario, que había creído prudente pedir auxilios para encauzar a "Rull" en su primer paso ciudadano. Pretendimos llevarle a pasear a la Moncloa, y nos encontramos en dirección de Vallecas y ante el famoso panteón de hombres ilustres, en Atocha. Decididamente, era el amo. Le atamos por casualidad a un fuerte árbol, y rodeándole en completo círculo, el más elocuente de los amigos le dirigió la palabra:

—"Rull", distinguido dogo, nos entregamos a usted sin condiciones. Cuando salimos de la casa de su propietario, nuestros propósitos eran le pasearle por la Moncloa, creyendo aquel ambiente el más indicado, por semejante, a la feroz naturaleza que hasta ahora ha disfrutado. Cuando nos conjuramos los veintiséis amigos que aquí estamos reunidos y cuatro más que, traidores, cobardes y falaces,

han desertado a la hora del peligro, para iniciarle a usted en la vida ciudadana, pensamos comenzar a pasearle por las afueras, por los parques y jardines primero, para, pasando después por los barrios menos transitados, llegar hasta las vías más céntricas, y usted, "Rull", distinguido dogo, burlándose y levantando su pataza izquierda sobre nuestros proyectos, nos ha hecho cruzar la población de extremo a extremo pasando por las calles del centro, dando lugar con esto a que un celoso agente nos indicase que estaban prohibidas las manifestaciones y a que los automóviles se cesasen en nosotros, no quedando entre los veintiséis guardianes que le rodeamos más de cuarenta y cinco piernas y treinta y dos brazos. Usted, "Rull", distinguido dogo, es el culpable de que se hayan malogrado doce noviazgos y entablado ya seis o siete demandas de divorcio porque, al ser poco galante y no ceder la acera a las parejas de algunos de estos sus ya esclavos, ha planteado la cuestión de

decidirse entre usted y la amante esposa o la novia querida. Y alejarse de usted equivalía a desertar entre el grupo de amigos.

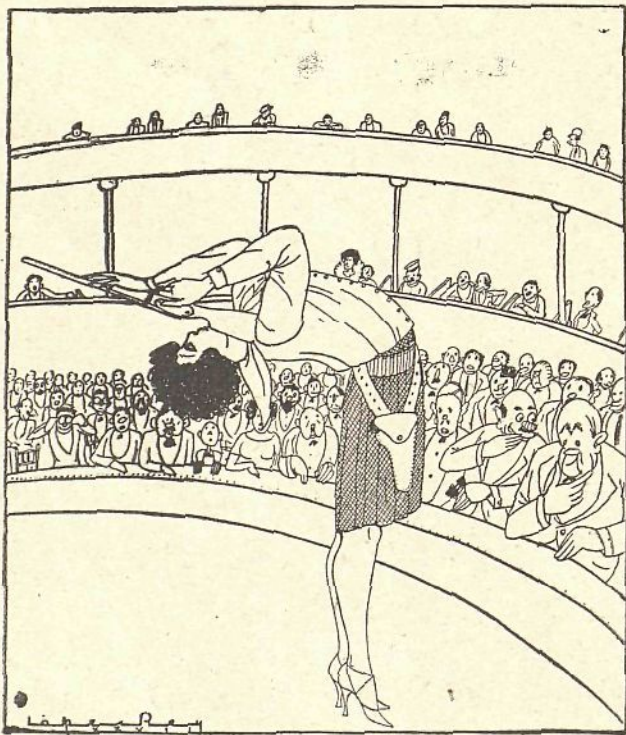
Usted es el culpable, también, de la intranquilidad de un padre que a esta hora no sabe lo que será de su hijito, al que usted, haciendo "¡guau!", le arrebató desconsideradamente una pera que pendía de su manita. ¡Ah, y además, usted la deglutió rápidamente y arrojó, eso sí, con mucha delicadeza, el rabo sobre el pantalón "chanchullo", de color crema, del insigne Curro, estropeando la crema y obligando a nuestro amigo a despojarse del "chanchullo"!

Total y en resumen: usted nos ha arrastrado exponiéndonos a los peligros de la circulación; usted nos ha dejado en el estado de abatimiento en que nos encontramos, postrados, molidos; usted nos ha indisputado con las autoridades, las esposas y las novias; usted ha estropeado bárbaramente nuestra indumentaria; usted ha pateado el pantalón de Curro en el día que se lo ponía por vez primera, lo que equivale a decir que usted ha pateado el "chanchullo" el día de su estreno, y ahora, beatífica, resignadamente, nos entregamos a usted, sin fuerzas, abatidos, y le rogamos nos diga qué desea hacer; pero, por Dios, don "Rull", distinguido dogo, no nos obligue de nuevo a pegarnos con los guardias, a aplastar transeúntes, a bailar el charleston en la Puerta del Sol, a dar explicaciones, a contentar novias y a fatigar nuestro organismo.

Cuando el amigo elocuente terminó su rogativa, después del brillante pliego de cargos que contra "Rull" había lanzado, todos a una nos levantamos esperando el resultado de todo aquello. Sin duda le había convencido al formidable y forzudo dogo danés: su cabeza baja y sus ojos tristes así parecían decirlo. Todos nos regocijamos interiormente; mas, repentinamente, la graciosa cabezota de aquel perro, que parecía de trapo, se elevó, oteó luego y dando un furibundo estirón salió con árbol descuajado y todo tras una deliciosa perra loba que acertó a pasar por el paseo próximo. Pronto fue en el espacio un papel secante usado.

Todos los amigos nos miramos desolados.

ANGEL DE LAS BARCENAS



Dib. LÓPEZ REV.—Madrid.

—Es guapa, ¿verdad?

—¡Hombre! Es una mujer que tira de espaldas.



# UNA CALUMNIA

El sabio Doctor Hansen Jacobsen Danske, decano y profesor de la Universidad de Copenhague; se dirige a un teatro de la ciudad, donde ha citado a todos sus compañeros los sabios.

El doctor Hansen Jacobsen Danske llega al teatro después de terribles esfuerzos cerebrales, pues en su camino, de quinientos metros aproximadamente, ha olvidado quinientas veces para lo que había salido de su casa.

Después de esperar hora y media ante las taquillas cerradas, recuerda que él no tiene que tomar localidades, toda vez que la entrada es por invitación, y además porque él no necesita invitación, toda vez que él es el que ha invitado a sus compañe-

ros los sabios de Copenhague, para que escuchen su conferencia sobre "las calumniosas distracciones de los sabios".

Llega al fin al escenario, en el que, como un oasis en el Sahara, hay una mesa, un vaso, una botella, unos azucarillos y una silla.

Empieza a rebuscar por sus bolsillos las "chuletas" de su conferencia. Consigue reunir un trozo de periódico, otro trozo de su nombramiento de Caballero de la Legión de Honor y otro trozo de un billete de cinco coronas, en las cuales lleva unas notas en una escritura al parecer uniforme.

Satisfecho y asombrado por haber podido reunir tres de los cincuenta y dos papeles en que había hilvana-

do su importante conferencia, sonrío y carraspea:

—Queridos compañeros: Tristes proyectos autoiconoclastas me guían a dirigiros la palabra. La idiosincrasia del arquetipo de sabio creado por todos esos dibujantes y escritorzuelos que se denominan pomposamente humoristas, debe ser pulverizada... Amparados en nuestra pasividad, que hoy mismo debe acabar, han hecho de nosotros un excelente personaje para sus historietas, casi siempre mudas, pero muy elocuentes... Es difícil, mejor dicho, imposible, el abrir un periódico en el que no se encuentre uno de nosotros, ridiculizado... Para mayor comprobación de mis palabras, he dirigido a todos los periódicos una circular, en la que les



El admirador.—¡Vaya un saque que tienes, Bernabé!

Des. GARRIDO.—Hoy, 1934.



he hecho la siguiente pregunta: ¿No han publicado ustedes nunca un chiste de un sabio y un paraguas?... En mi laboratorio tengo a vuestra disposición las respuestas de toda la prensa mundial, que con una uniformidad teutónica, me ha contestado que no sólo su dibujante ha hecho el chiste del sabio que en todas partes se deja el paraguas, sino también el célebre y muy conocido del sabio que vuelve a su casa con un paraguas que no sacó... Es triste, muy triste, el que se nos ponga en evidencia ante el pueblo. Responderme con franqueza. Alguno de vosotros, cuando habéis salido a la calle a echar una carta al correo, ¿os habéis llevado un niño pequeño para depositarlo en el buzón en sustitución de la carta? ¿No?... ¡Pues conozco setecientos veintitrés chistes sobre este lamentable asunto!... En la marmita donde hacéis vuestros preparados, ¿se os ha ocurrido alguna vez echar vuestro reloj y machacarlo despiadadamente? Tampoco ¿verdad?... Dos meses en cama me costó el leer aquel chistecito que todos conoceréis, y que es un sabio que ha echado su reloj en una cazuela de agua hirviendo y examina en un huevo el tiempo que transcurre. (Pausa. El doctor Hansen echa su pañuelo en el vaso de agua y se seca el sudor con un azucarillo). En fin, sería interminable. Os propongo para nuestra rehabilitación, ya que habéis respondido todos a mi llamamiento, el que...

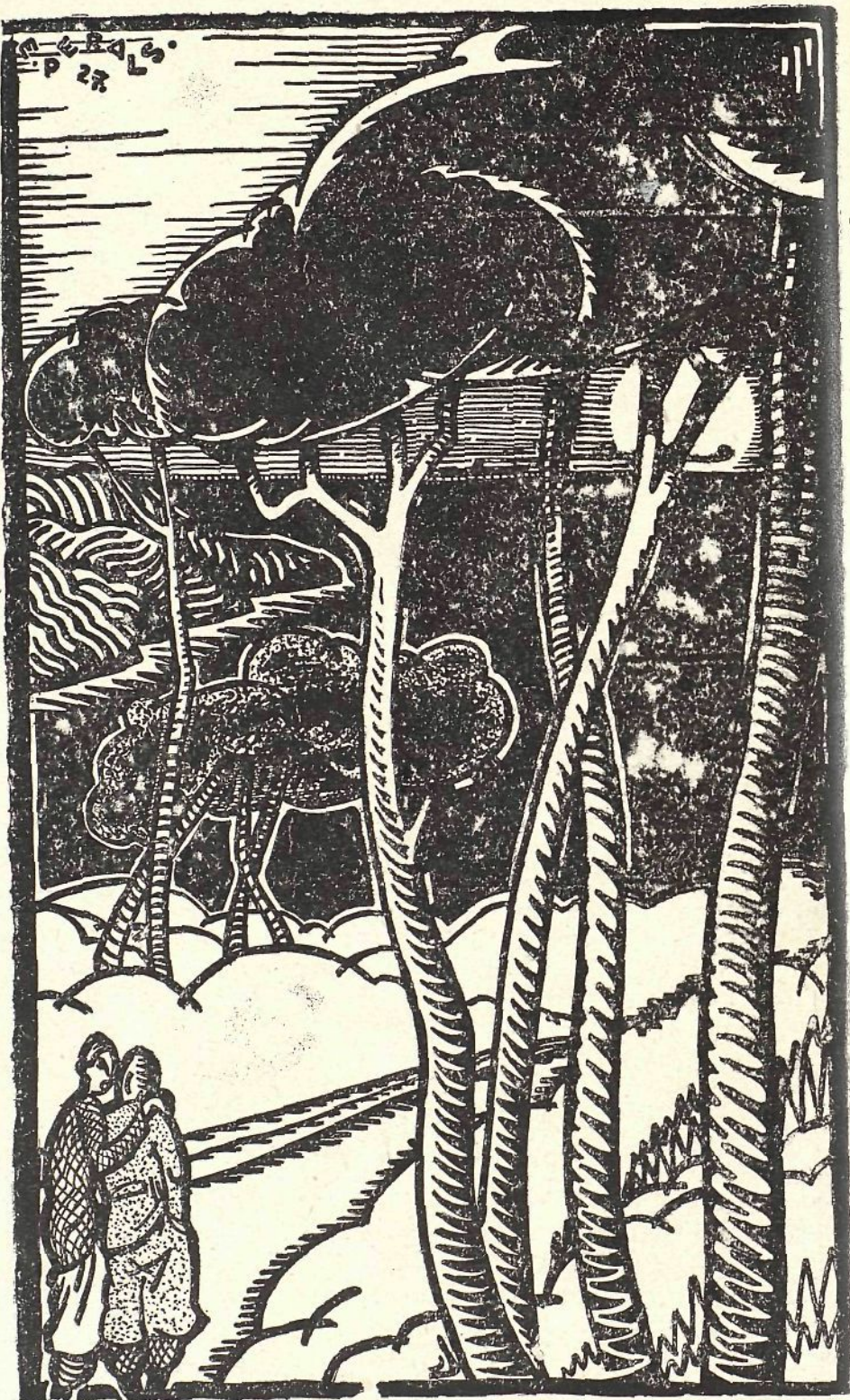
El conserje del teatro. (Entrando): Señor... señor. Sus setecientos cincuenta compañeros invitados, han telefonado que les perdone usted, pero que no han podido asistir porque se les ha olvidado...

El doctor Hansen. (Cae anonadado en la silla. Mira aterrado a su interlocutor. Murmura entre dientes). No es posible... no tiene remedio. Es inútil. (Reaccionando y dirigiéndose al conserje). ¡Necio!... ¡Podía usted haberme avisado antes!... Se habrán reído de mí todas las butacas vacías.

El conserje. (Con voz consoladora). No; no, señor. No le habrán visto a usted las butacas, no he levantado el telón.

El doctor Hansen.—(Horrorizado mira hacia el público) ¡Es verdad! (Cae desplomado).

EDUARDO ARRIAGA



—Los médicos que me han visto, todos me han diagnosticado de distinto modo.

—¿Y no se han puesto de acuerdo en nada?

—Sí; los tres me han pedido cinco duros.

D. PERALS.—Madrid.







# Una hipótesis de nariz

La conocí hace bastante tiempo. Durante tres meses frecuenté su amistad. Luego se fué a Cartagena y no la he vuelto a ver.

Era propietaria de una curiosa nariz... ¡Una nariz pequeña y respingada...! Yo acostumbraba decirle.

—Te lo juro, Maruja, tu nariz es una hipótesis.

Ella se reía, pero me consta que ignoraba en absoluto lo que era una hipótesis. Esto, como ustedes comprenderán, carecía de importancia, máxime poseyendo, como poseía dicha señorita, unas maravillosas pantorrillas capaces de disculparlo todo.

La primera vez que la ví fué en un café del extrarradio. Me gustó lo suficiente para que mi timidez me permitiera preguntarle:

—¿Me deja usted sentarme a su lado?

—Sí—Y me hizo sitio. Después:

—¿De verdad que no la molesto, señorita?

—¡Oh, no; de verdad que no me molesta! Se lo hubiera dicho.

Y después de pensarlo breves instantes, añadió:

—“Molestar a una mujer—es negarle lo que pide—darle lo que *pué tener*”.

—¡Ah! ¿Es usted aficionada a la poesía?

—Sí; me gustan mucho los cantares. ¿Conoce usted aquel de: “En mi pueblo hay una calle—y en esa calle una reja—y en esa reja no hay nadie”?

¡Bella canción! ¡Oh, el alma popular!... No, no la conocía.

—¿Y aquel otro que dice: “Espinitas del amor—caminitos del querer—ha muerto mi *maresita*—y mi tío Pepe también”?

—¡Oh, igualmente lo ignoraba! Muy sentido...

—Sé muchos, —me confesó orgullosa la joven—. Verá usted qué bonito es éste: “Para aprender a llorar—hay que tener corazón—y tú no tuviste *ná*”.

Cuando salimos del café nos *tu-teábamos*.

Al llegar a su casa, y en el momento de despedirnos, me hizo esta lírica confidencia: “Cuando una mujer te quiera—piensa que la vida es larga—y la dicha pasajera.” Acto seguido se permitió denominarme “*gavilán goloso*” y, después de dirigirme una calurosa mirada, la ví desaparecer, breve y saltarina, en el portal de su casa; en el oscuro y triste portal de su casa que olía a cocido, humedad y naftalina.

La primera cita fué como todas las primeras citas. ¡Quién no ha tenido una primera cita? Renuncio por tanto a describirla.

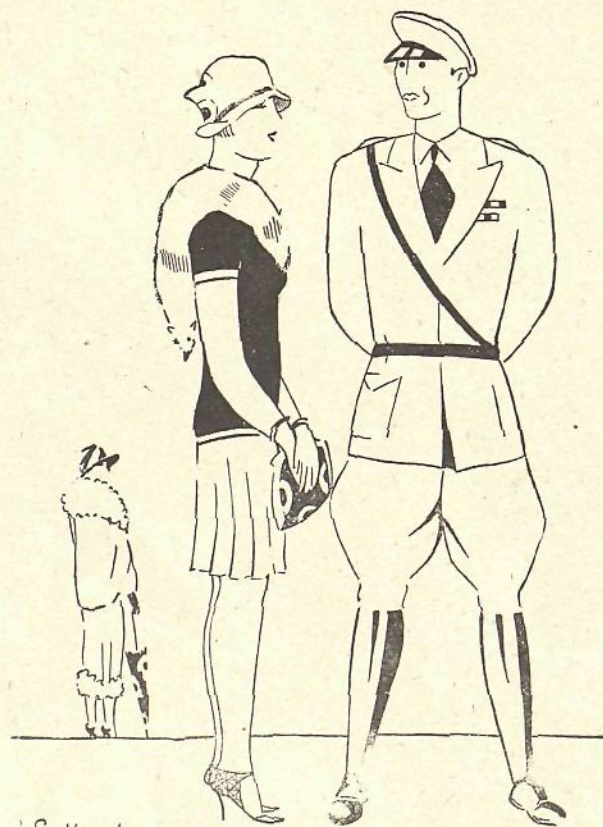
Sólo he de advertir que, mi rubia compañera, durante la hora y tres cuartos que duró nuestra primera cita, no cesó de ilustrar mi respetuoso silencio con sus cantares. Recitaría mil. Acaso dos mil. ¡Quién sabe! Fueron tantos, que llegué a creerme en la obligación de rebuscar en mi memoria algún cantar con el que corresponder a los infinitos de mi amiga. En un claro de la conversación susurré tímidamente:

—“Los faroles de palacio —ya no quieren alumbrar— porque se ha muerto Mercedes —y luto quieren guardar.”

¡Nunca hubiera pronunciado estas palabras! Ella se sonrió histéricamente, me envolvió en una lenta mirada de desprecio y después aseguró convencida:

—Eso, no es castizo.

Efectivamente, *aquello* no era castizo. Yo ya lo había sospechado, pero... ¡Dios mío!, ¿sabía yo acaso alguna otra canción? No; yo no sabía más canciones que aquella. Había dado todo lo que tenía. ¡Oh, sí; todo lo que tenía! Y he aquí que ella, en vez de agradecerme...



Sollardo

Dib. GALLARDO.—Madrid.

—¿Y por qué tienes miedo a que se te marche la carabina?

—Figúrate... ¡si sale disparada!



Le hice que se fijase en esto. Entonces me llamó *asaura* y *pamplinoso*; misteriosas palabras en cuyo cabalístico sentido jamás profundicé. Desilusionado, pretendí desenfadarla diciéndole algo muy gracioso. Se lo dije. Pero no le hizo gracia. Me miró de nuevo, severa, y me advirtió:

—“Es una verdad *mu grande*—que aquel que no tiene *grasia*— se asemeja mucho a un banco —que sólo tenga tres patas.”

—¡¡Marujilla!!—gemí.

Así terminó nuestra primera cita.

Verdaderamente aquello iba siendo inaguantable. Ella era una muchacha muy simpática. Poseía unas admirables pantorrillas. Tenía una nariz que era una hipótesis de nariz. Sus ojos eran tiernos y húmedos. Pero... ¡Señor!, ¿a qué ese vituperable afán de vivir su vida en cantares? ¡Oh José Doz de la Rosa!, ¡oh Gloria de la Prada, cuantas veces os maldije. También Rodríguez Marín tenía su culpa! Y yo...

Si cualquier día y por cualquier causa me retrasaba unos minutos y llegaba tarde a una cita, ella en lugar de decirme sencillamente: “Hace diez minutos que te espero. Me molesta esperar, amigo mío. Te ruego que para otra vez, seas más puntual.” Pues bien, caballeros, en lugar de decirme esto que sería lo lógico, me declamaba:

—“De una mujer que espera —no esperes bueno—que una mujer que aguarda—tiene mal genio—. Lo tiene tanto—como minutos tarde—su bien amado”.

—¡Idiota!—susurraba yo de vez en cuando, cariñosamente.

Otras veces la que llegaba tarde era ella. ¿Creerán ustedes que se disculpaba en prosa? ¡Cá! También tenía su cantar para el caso.

En cierta ocasión—finalizaba nuestro tercer mes de conocimiento—me recitó una canción que no me atrevo a reproducir, pero cuyo profundo sentido filosófico pudiera muy bien estar contenido en los siguientes términos:

“Al canceroso de estómago  
trátalo con *caridá*,  
que antes de ser canceroso  
no tuvo cáncer, ni *ná*.”

Esto carecía de sentido común. Me indigné profundamente. ¿Por qué? Fué la consabida gota, que hace rebosar el consabido vaso. Lanzando terribles alaridos la grité:

—¡Vete, vete!... ¡Te material!  
‘Todo esto es estúpido, ¿no lo com-

prendes? Pues sí; todo esto es estúpido, desesperadamente estúpido.

Me contemplaba estupefacta no explicándose mi indignación.

—Sí, Maruja,—dije ya más tranquilo, acariciándole las falanges de la mano izquierda—. Todo esto es estúpido, y es preciso terminar de una vez. ¿Qué pensarías de mí si ahora, sin ton ni son, te dijera: “Boulevard de Saint Michel— abre el pulmón a la aurora— tocinito de café”? O bien:—fíjate; te lo ruego—: “En el sofá de la tarde —se *alcuentra* una *patineta*—que dicen que no es de *naide*.” Dí, Ma-

ría ¿qué me contestarías a una cosa así?

Pero no me contestó nada. Era una mujer de una gran dignidad. Separó de mis manos persuasivas, su mano. Se alisó el pelo. Se levantó.

—Maruja, ¿y si yo te dijera: “¡Endoarteritis bicálcica—, diagonal de mis pesares—, dame el sulfato de plata!”?

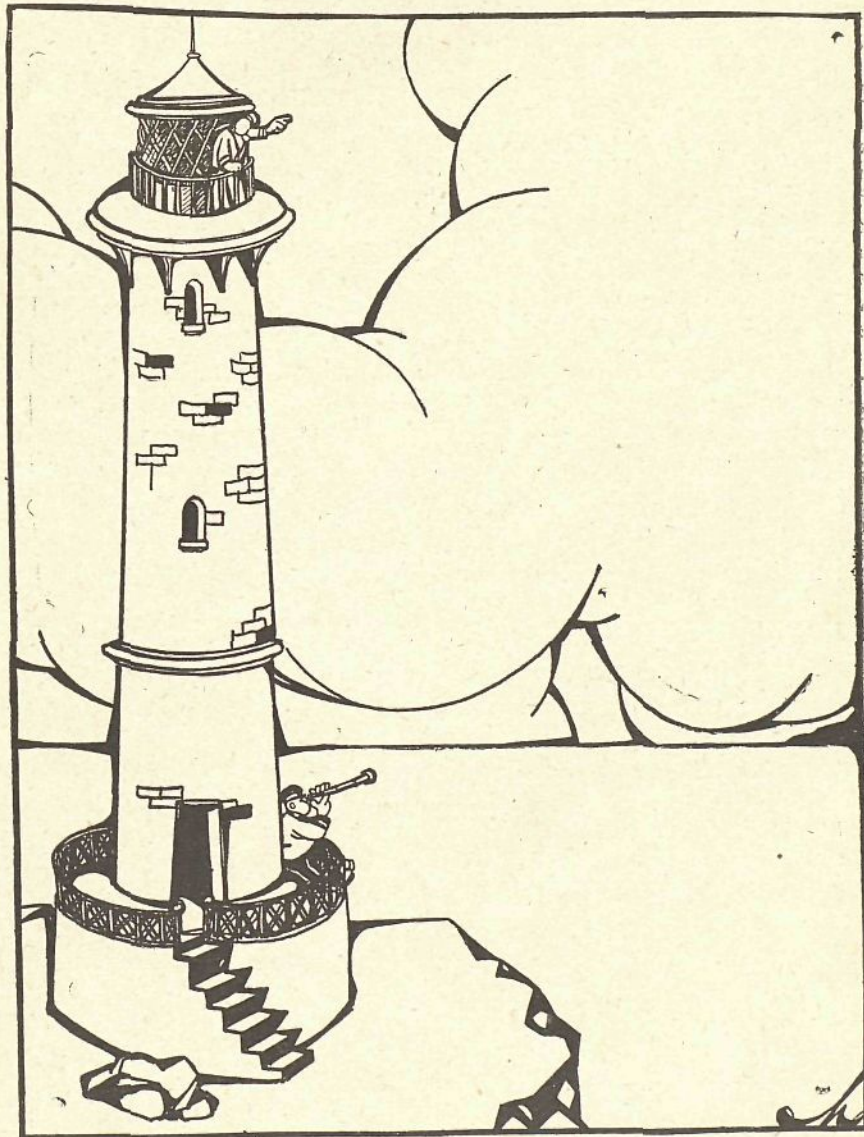
Se iba.

—¡Marujilla!...

Se fué.

Durante unos cuantos días mis pañuelos olieron a heliotropos. Luego olieron a lo de siempre: a armario de luna.

ANTONIO ISAAC



Dib. E. ALVAREZ.—Buenos Aires.

—¿Qué cabo es aquel que se ve allá lejos?...  
—¡Como no sea algún cabo de carabineros!...



# UN POCO TARDE

He conocido muchos ladrones habilidosos, de esos que nos quitan la cartera con una delicadeza que entra incluso ganas de darles las gracias. He conocido muchos ladrones habilidosos, repito, y los he conocido íntimamente debido a la circunstancia de que gran número de ellos fueron de mi familia; pero un ladrón como Eleuterito Samosen no lo he conocido ni espero conocerlo nunca. Y digo esto por que la única vez que me he topado con uno semejante, éste llevaba cubierto el rostro con un antifaz de tela metálica, cosa con que acostumbran cubrirse el rostro los ladrones extranjeros en cuanto hace su aparición el verano.

Pues bien, Eleuterito Samosen—y le llamo Eleuterito debido a la circunstancia de que cuando le conocí llevaba una chichonera con un pompón color rosa pálido—se había especializado en todo lo concerniente a abrir cajas de caudales, hacer ganzúas y fabricar llaves falsas. Su habilidad era maravillosa y ninguna cámara acorazada de un Banco resistía a descu-

brir su clave ante las expertas manos de mi amigo. Yo me acuerdo de varias veces en las que en casa se nos perdió la llave de cajas de conservas y en que para poder abrirlas tuvimos que requerir los servicios del protagonista de esta historia.

Eleuterito Samosen robó mucho por Persia—país de donde era natural—, y luego, merced a las condiciones demostradas, consiguió que su Gobierno le concediese una pensión para ampliar sus estudios en el extranjero. Bien pronto Eleuterito Samosen llegó a ser uno de los ladrones más célebres del mundo entero.

Anduvo “trabajando” por gran número de naciones, y hoy dando un golpe aquí, mañana allá y pasado en el otro sitio, no hubo lugar en donde no se dejasen sentir los efectos de su habilidad y de su audacia. Hasta que un día un detective londinense—y que por cierto era hermano de leche de un sereno que tuvo Sherlock-Holmes—, se dedicó a perseguirle, llevado tanto de un afán de notoriedad, como de lograr el premio—consistente en un

hermoso objeto de arte—que un Banco de la Quinta Avenida neoyorkina había ofrecido por su captura.

Fué una persecución encarnizada a través de todos los continentes y de todos los mares. Mil veces estuvo Eleuterito a punto de caer en las redes de su perseguidor y las mil se escapó de ellas cual angula vivaz. Pero el detective era un hombre optimista, de esos que tienen fe en el porvenir y creen todavía que el taxímetro de los automóviles marca el mismo número de metros que se recorren, y no desmayó en su empresa, o si desmayó olió un frasco de sales y siguió adelante.

Pasaron así muchos años sin que cesase esta persecución. Los dos tenían ya el cabello completamente blanco y aún iba el uno tras el otro, con ánimo de entregarle a la policía. Hasta que una vez, no sé cómo ni de qué manera, el detective perdió de improviso la pista del ladrón. Y a pesar de que anduvo tras él años y años no consiguió volverle a encontrar, hasta dos lustros más tarde, en el hall de un hotel de moda de Hamburgo.

El detective lo reconoció inmediatamente aunque ya nuestro hombre estaba casi desconocido a causa de la edad.

—¡Ah!—pensó—. Esta vez no te escaparás de mis manos. ¡Lo juro por las cenizas de mi tío, el que murió en Liverpool de resultas del sa-rampión!

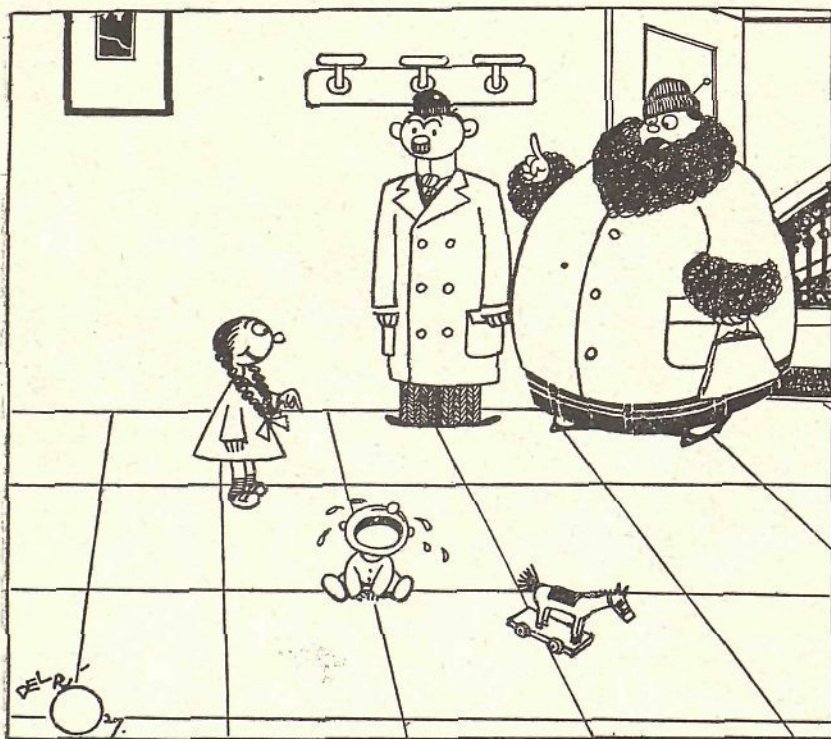
Efectivamente; se puso al acecho y aquella misma noche, cuando consiguió encontrarle rondando por el despacho del director del hotel, escondióse en uno de los rincones para poderle espiar más fácilmente.

Y sólo cuando vió que su perseguido, ya scio en el referido despacho, se acercaba a la enorme caja de caudales que presidía la estancia, y sacando un manajo de llaves se disponía a abrirla, le gritó, al mismo tiempo que le apuntaba con su revólver:

—¡Alto!... ¡Miserable!... Al fin has caído en mis manos. ¡Date preso, o...!

Pero en contra de lo que esperaba, Eleuterio Samosen soltó una ruidosa carcajada, y le dijo:

—Mi querido amigo y perseguidor: ha llegado usted tarde. Hace más de cinco años que me he retirado de los “negocios”. Mis muchos ahorros me han permitido hacerlo. Y como soy un hombre incapaz de estar sin hacer nada, he comprado este hotel, al frente del cual espero acabar tranquilamente mis días. MANUEL LAZARO

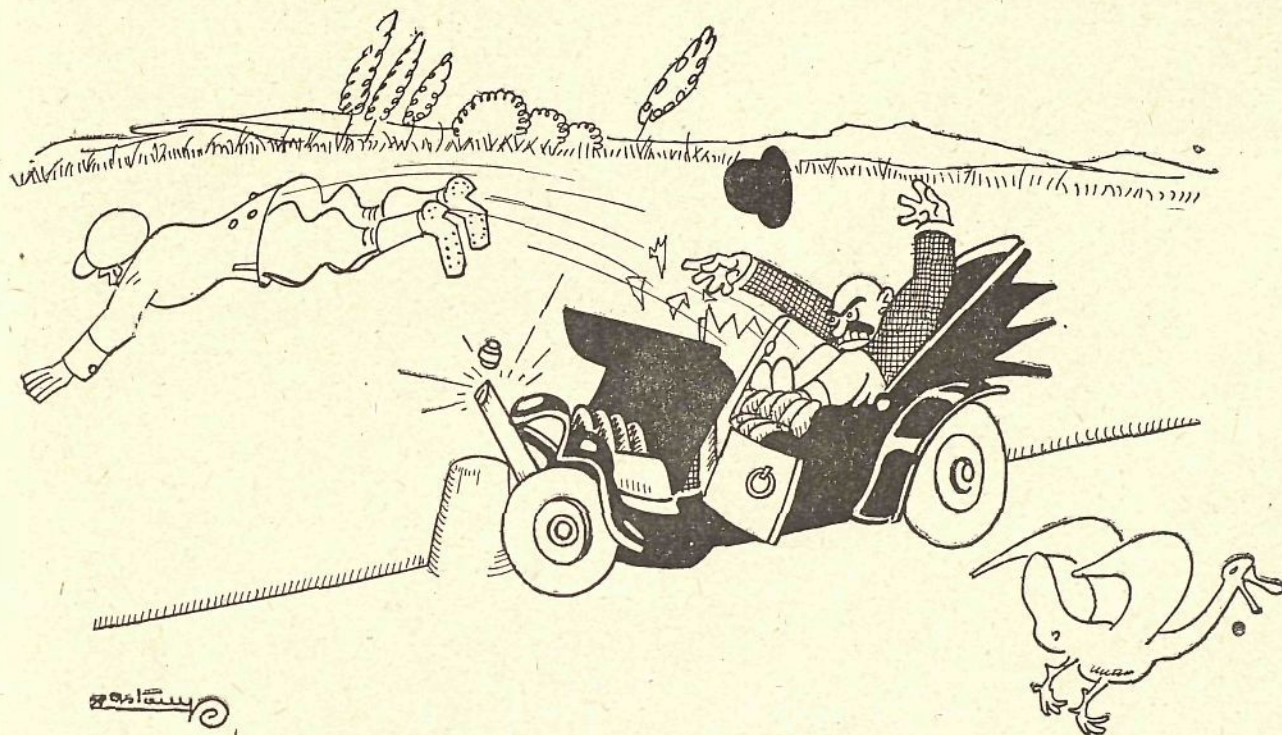


Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—Supongo, hija mía, que, durante nuestra ausencia te habrás portado con Pepín como una verdadera madre.

—Sí, mamá: ¡ya le ha dado tres palizas!





El señor, indignado, al chofer.—¡¡Queda usted despedido.

Dib. CASTANYS.—Barcelona.

Preguntas son éstas que por ahora no podemos contestar.

Trasladémonos inmediatamente a otro trozo de la carretera, situada a nueve kilómetros del sitio que acabamos de abandonar.

Una enorme diligencia de las que hacían frecuentemente el viaje Madagascar-París, avanza rauda al trote rítmico de sus trotones.

El mayoral hace restallar su látigo y grita sin cesar palabras feas que el ruido de los cascabeles no es bastante para disimular.

En el interior de la diligencia, una mujer morena, de blanco cutis y labios finos, entretiene el monótono viaje leyendo un libro de oraciones.

Es elegante con esa elegancia de las personas que se dedican al teatro y que se nota a distancia de modo inconfundible. La dama da pruebas de estar muy nerviosa y de tener un catarro terrible. Por fin, no pudiendo disimular por más tiempo su impaciencia, interroga a un compañero de viaje:

—¿Tardaremos mucho aún en llegar a París?

—Lo ignoro, señora. Eso depende de las veces que se caigan los caballos. Pero dentro de media hora debemos llegar a Epinney.

### CAPITULO III

#### LA LOCA DE LA CABEZA

En aquellos días París era algo mayor que Pozuelo, y aunque todavía no funcionaba el tren subterráneo, sin embargo la fruta se vendía bastante barata.

En una calleja del tranquilo y detergente barrio de Passy—habitado especialmente por rentistas, burgueses, mendigos, magistrades y leprosos—una mujer, que a todas luces denunciaba tener perturbadas sus facultades mentales, jugaba tranquilamente al diábolo, mientras una turba de chiquillos, sin civilizar por los bordes, la perseguía gritando, cantando coplas, vitoreándola y tirándola sillas.

Aquella mujer, en cuyos ojos se veían algunas pestañas y los estrabismos propios de la mochalez, tendría de cuarenta a noventa y nueve años.



## ADVERTIMOS A NUESTROS EXQUISITOS LECTORES

que el folletín, que venimos publicando, titulado

### La loca de la cabeza o las infamias de un Vizconde

aunque parece que no tiene cabeza ni pies, tiene pies y cabeza. Por lo tanto comunicamos con la sonrisa en los labios que

## NUESTRO FOLLETÍN

al igual que los de los grandes diarios, se publicará ya normalmente todas las semanas hasta su terminación y que, cuando esto esté próximo a suceder, REGALAREMOS

### Tapas para encuaderar el folletín

a todos los lectores, para lo cual bastará que compren el número de la semana correspondiente. Es un regalo que Jardiel Poncela y Sama, autores del folletín, hacen a los lectores de

## BUEN HUMOR

Era alta, delgada y católica.

Vestía un traje de papel de estraza muy usado por otras personas y se apoyaba en una viga de cuatro metros.

¡Infeliz!

¡Estaba loca de la cabeza!

Pero dejemos a la infeliz loca haciendo el imbécil por las calles de la gran ciudad y salgamos como flechas a las afueras.

En la carretera de Epinnay, que es ancha, larga y confortable como una cama turca, el sol—¡rubicundo y disolvente Febo!—da pinceladas de oro en los ramajes de los árboles, y tan pronto se anda por las ramas como acaricia el tronco con sus rayos.

A vista de pájaro, es aquel un espectáculo que fascina y molesta en los ojos.

Los campos parecen asustados de ver aquel cielo puro después de algunos días de nieve, ventisca, lluvia y otras pirotecnias propias de la estación invernal.

Las flores no esmaltan las laderas, porque en Francia no suele haber flores durante el mes de enero, pero en cambio, allá en la lejanía, cerca de la aldea de Suquensil-sur-Seine, se columbra una noria que gira vertiginosa a impulso de un borrico.

Todo era calma y paz en la campiña, cuando un hombre apareció montado en negro caballo por la parte de Epinney.

La figura del hombre apenas se adivinaba entre la hopalanda grisácea de un abrigo de entretiempo que tenía un ojal roto y un alto cuello forrado de piel.

El jinete detuvo de pronto su cabalgadura al llegar al kilómetro 36; se irguió sobre los estribos con impulso que denunciaba su excelente sistema muscular y, colocando una de sus manos sobre los ojos, a guisa de pantalla, para librarse del reflejo solar, vislumbró el horizonte con una mirada intensa y convergente.

Sin duda que lo que vio le satisfizo plenamente, porque una risa cavernosa salió del interior del cuello de piel y se oyeron estas palabras, que brotaban de la hopalanda.

—¡Al fin! Decididamente estoy de suerte...

¿Qué había visto el jinete negro?

¿Quién era aquel hombre?

¿Cómo se llamaban sus padres?

¿Cuántos años tenía el caballo que montaba?

¿Quién le había herrado la última vez?

¿Cuántos días tarda la estrella Calipso en dar una vuelta alrededor del sol?





—Qué alto estás ya, Cholín. ¡Pareces un hombrecito!  
—¡Como que ya llego al borde de la falda de mamá!

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.





# DEL BUEN HUMOR AJENO



## El "Complot", por Roger Regis

Cuando yo apenas tenía doce años resolvieron mis padres que debería casarme con Berta Martedot, y yo acogí esta designación con indiferencia. ¡Estaba aún tan lejos para mí la época en que tendría que contraer matrimonio!

Pasaron muchos años, acabé mi carrera e hice mis servicios militares, sin que me volviese a acordar de tal compromiso. Hasta que una mañana—dos años después de morir mis padres—recibi una misiva del señor Martedot, en la que, a más de recordarme el compromiso contraído, me estimulaba a cumplirlo lo más rápidamente posible.

¿Qué hubieran decho ustedes en lugar mío? Pues sencillamente; hacer lo que yo hice, o sea trasladarme a la capital de provincia en que vivía mi futura esposa.

—Tal vez sea bonita—pensé—. Y si al fin y al cabo he de acabar casándome, más vale que sea con esta que tiene una buena dote.

El señor Martedot me estaba aguardando en la estación, y apenas me vió vino hacia mí y me llamó "hijo mío".

Era hombre de aspecto severo, que encuadraba su rostro bajo una barba gris. Sus primeras palabras fueron:

—Me agrada que seas hombre de palabra. Berta y tú estáis prometidos hace mucho tiempo y no hay necesidad de prolongar más esta situación. He determinado, por consiguiente, que os caséis dentro de quince días.

Estas palabras me hicieron estremecer; pero cuando verdaderamente me estremecí fué al presentarme a la que dentro de poco había de ser mi esposa. Era de una fealdad tan horrible que pronto me di cuenta de que no sería capaz de casarme con Berta.

Me quedé a comer en su casa y dicha comida—en la que tuve que corresponder a las atenciones que los Martedot tuvieron conmigo—fué para mí un suplicio espantoso. Pero tan

espantoso como el esfuerzo que tuve que realizar al llegar a los postres, cuando el cabeza de familia, levantando su copa, gritó:

—¡Brindo por vuestra eterna felicidad! ¡Abrazaos!

Al retirarme a mis habitaciones comencé a dar vueltas a mi cabeza buscando un medio que me permitiese salir honorablemente del compromiso en que me había metido. Y, aparte del suicidio, no se me ocurrió más que una, que puse en práctica inmediatamente.

Y fué que a media noche comencé a pedir socorro a grandes voces, fingiendo las convulsiones de un ataque nervioso y echando por la boca gran cantidad de espuma, proveniente de un trozo de jabón que tuve el cuidado de meter en mi boca.

—¡Que venga un médico!—grité.

Y cuando apenas éste estuvo junto a la cabecera de mi lecho le expliqué:

—Perdone usted, doctor, pero... todo esto no es más que una comedia. He venido con intención de casarme con la señorita Martedot, a quien no conocía personalmente. Y no me siento tan héroe como para hacerlo. Le ruego a usted haga creer al padre que estoy muy enfermo y de este modo me habrá salvado del compromiso. Yo sabré recompensarle.

El médico recapacitó algo, pero, al fin, me contestó:

—Bien; no tengo inconveniente.

Y saliendo de mi aposento declaró al padre de mi prometida:

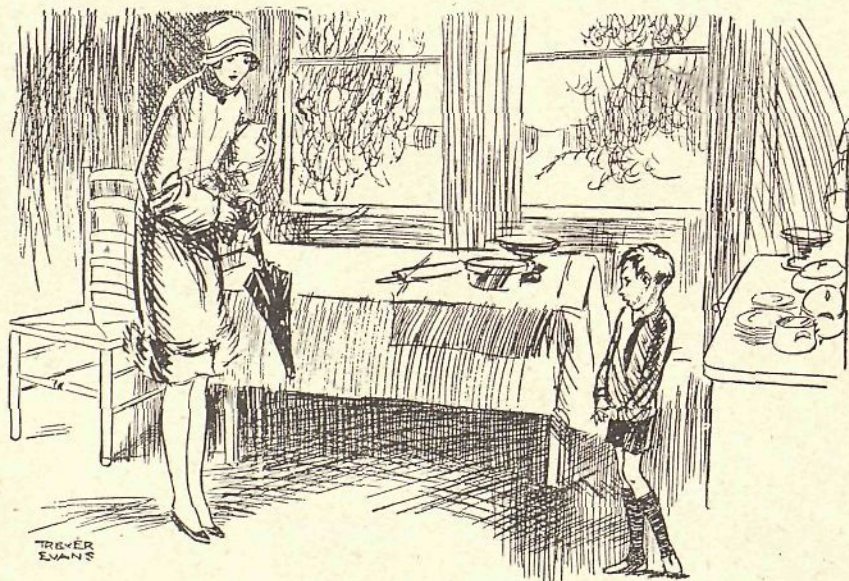
—Este muchacho es un epiléptico incurable.

—Entonces..., ¿cree usted que no debo casarlo con mi hija?

—¡De ningún modo!

Dos horas después salía de aquella casa completamente libre de mi compromiso.

Bien es verdad que como el médico tenía una hija muy linda, tuve que casarme con ella en señal de agradecimiento.



—Periquito, ¿qué ha sido del pastel que dejé encima de la mesa?

—Verás, mamá; vi un hombre que por el aspecto era un ladrón y que venía hacia la puerta y tuve la suficiente presencia de ánimo para comérmelo antes de que lo robase.

R. C. R.



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

**L. M. G. Burgos.**—Es indudable que es usted un fresco. Nos participa usted, además, que es de Burgos. Y nosotros sacamos, después de leer su artículo, la siguiente y meridiana conclusión: que es usted un reverendo queso. Por tanto, usted no llegará a ser un escritor notable, pero como es usted queso, fresco y de Burgos, vendiéndose en pedazos quizás podría usted sacar algún dinero. ¡Hágalo en seguida, que el éxito es seguro!...

**P. M. S. Bilbao.**  
Para endilgar un soneto hablando del Estatuto, o hay que ser muy indiscreto o ser lo que usted: ¡muy bruto!

**R. R. C. Valencia.**  
Su cuento se titula *Sopa de leche*. Y nosotros decimos: ¡que le aproveche!...  
Porque da la triste casualidad de que a nosotros no nos aprovecha para nada.

**T. H. P. Madrid.**—Es una estupidez, tan grande como mi esperanza en cambiar de posición.

**Plaza. Sevilla.**—Ilustre amigo Plaza: no nos place.

**D. F. Zaragoza.**  
Su *Cuentecillo baturro* es un formidable churro.

**González. Madrid.**  
Te juro, amigo González, que para escritor no vales.

**Sorel. Cádiz.**  
Nos manda este buen Sorel dos arrobas de papel escritas por ambas caras, diciendo cosas tan raras que da compasión... (de él).

**C. D. Q. Sevilla.**—¡Usted no tiene derecho más que a una cosa: a atracarse de paja y cebada y a ponerse gordo y lustroso por consecuencia de tan lógica y merecida alimentación!...

**C. F. R. Barcelona.**—El artículo no sirve, porque además

de estar hecho con lápiz, está hecho con los pies.

**Crisóstomo. Madrid.**—Más malo que un día sin sol y sin dinero.

**P. V. M. Valladolid.**—No nos ha gustado, pero lo que se dice ni un modesto pimientito, su *Crónica carnavalesca*.

**Amigó. Tarrasa.**  
Querido amigo Amigó: una duda me estremece...  
¿Usted es bruto o lo parece?  
¡Dígame si sí o si no!...

**Bien educado. Madrid.**  
Como usted está educado, le hablaré con buenos modos. Su cuento del jorobado nos ha jorobado a todos.

**E. D. S. Granada.**—En la cuenca del caudaloso Amazonas, y dedicado al cultivo del caucho, es donde tendría usted el lugar más adecuado a sus condiciones, porque es que hace usted el indio con una perfección que sobrecoge al espíritu mejor templado.

**Cebolleta. Burgos.**—No

aceptamos trabajos en chino... ¿Que el de usted no está en chino?... ¡Pues que venga un perrito calígrafo, y si consigue descifrárnosle, le regalamos una pianola y un chaleco de punto, pero que en el acto!...

**A. P. B. Bilbao.**—No es usted un humorista lo suficientemente desarrollado para que nos volvamos locos.

**B. G. B. San Sebastián.**  
No he visto en mi larga vida narración más aburrida.

**A. E. V. Madrid.**—Es tremendamente inadmisibile.

**V. A. L. Madrid.**—El chiste (suponiendo que pueda llamarse chiste) de su original dibujo (suponiendo que pueda llamarse dibujo), es de una vetustez y de una mala pata arrolladoras. Y la perspectiva de la vía férrea es una perspectiva bastante triste.

**Cabileño. Tetuán.**—No sirve.

**Mary. Barcelona.**—¡Oh, Mary, no puede ser!

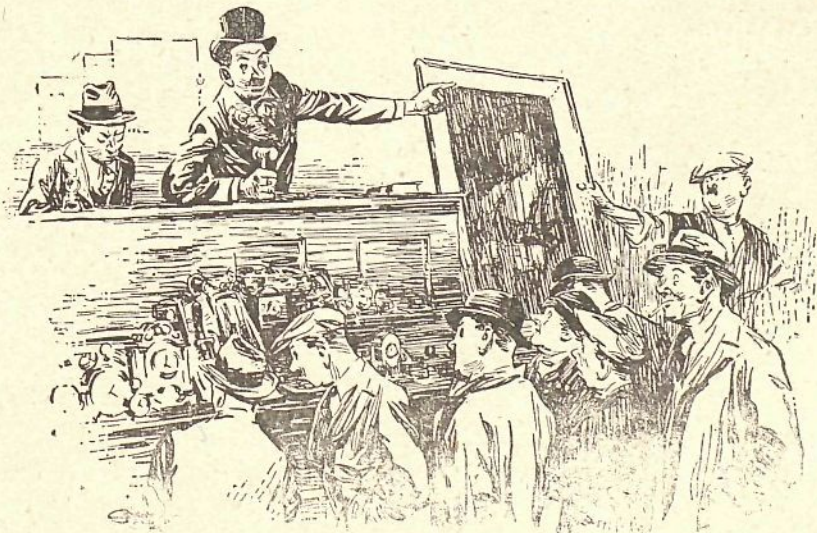
**D. G. N. Sevilla.**  
¡Recontra, qué triste es eso del *Choque del tren expreso!*  
Como que desde que lo hemos leído, estamos aquí todos llorando a completo moco y a furibunda baba.

**M. J. M. Alicante.**—Mal, mal, mal, lo que se dice mal, no está su trabajo. Pero bien, bien, lo que se dice bien, tampoco lo está.

**S. B. R. Madrid.**—De una sencillez y de una ingenuidad atortolantes.

**M. R. T. Cádiz.**—La contestación a su artículo *La mina*, por desgracia negativa, recordamos haberla dado recientemente. Esto de ahora, *La torre Eiffel*, a pesar de estar, como es natural, a mayor altura que a mina, tampoco nos ha convenido.

**Colón II. Huelva.**—Usted será todo lo *Colón* que usted quiera, pero aquí no cuela usted.



EN LA SUBASTA

—Vean, señores; solamente diez pesetas esta obra maestra ¡y por qué? ¡porque hay una copia de ella en el Museo Nacional!





# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Un guajiro que por primera vez visita la Habana, la recorre en unión de un amigo, que le sirve de Cicerone; todo le admira; todo le parece estupendo; se vuelve un caos su cabeza, de todo lo que tiene ante su vista; le parece que la tierra lo va a tragar.

—¿Qué te parece la Habana?—le pregunta su amigo.

—A la verdad, camará, que no sé donde estoy parao; estos jabaneros son el mismo demonio.

Una vieja subió al Cielo y el Señor le preguntó:

—¿Usaste la faja Presa? Y ella contestóle: —No.

—Pues acércate a la Tierra y obtendrás mi bendición si compras la faja Presa. Fuencarral, 72.

## Presas, siempre Presas

—¿Por qué?—le dice el otro.  
—¿No te has fijado que usan la luz metida en pomo? ...

M.<sup>a</sup> de la Estrella González de Gómez.—Habana.

Muy natural:  
El pintor.—¿Qué pintada va esa chica!

El escultor.—Es la modelo de que te hablé.

El pintor.—¿Ya no se me des-pinta!

Carlos Atienza.—Madrid.

## RON BACARDI

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—No sabía que tu padre eratan económico...

—¡Oh, es atroz! ¡Con decirte que no gasta botón para abrocharse el cuello.

—Entonces, ¿con qué se lo abrocha?

—Con una verruga que tiene en la nuez.

Pietín.—Enguera.

## PASTILLAS DE CAFE Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

—¿Si hombre, si, es pa comprometerle a uno, figúrate, que llega al mesón, bebe dos vasos, y cai muerto de repente! ¡Pué que se crea el Juez que le hemos matau nosotros!

—Quíá, hombre; es que diremos que ha venío muerto.

Manuel Carbajosa.—León.

—¿Cuáles son las personas que tienen el sueño más ligero?

—Los tuertos... ¡porque duermen con un sólo ojo!

Rosa Rivera.—Madrid.

En una mudanza a doña Teófila, desgraciadamente, uno de los hombres, cuando llevaba un sofá a cuestras, le pisó uno de los tremendos callos de su pie derecho dejándola como para bailar el charleston. Tuviéronla que meter en la cama por los tremendos dolores que la atormentaban. A que el mismo día, cuando se marchaba la mujer encargada de limpiar el piso, despidiéndose de doña Teófila le dijo:

—Bueno, adiós, y que haya entrado usted con buen pie en la nueva casa.

Currillo.—Madrid.

En una clase de música:

—El profesor.—(Interrumpiendo el canto) ¿Y ese silencio?

El discípulo.—Lo guardo para sus preguntas.

Zarral.Tarazona.  
(Aragón).

En un examen de Historia:

El profesor.—Saque usted tres bolas.

El alumno.—53, 62 y 78...

Lección 53... Gonzalo de Córdoba venció a los turcos en Lepanto y ganó a los moros la batalla de Monte Arruit...

—El profesor.—(Atajándole). No diga usted más bolas.

Ricardo y Anita.

Un doctor muy afamado salía de caza con su escopeta y cuchillo de monte.

—¿Pero doctor—le dijo un amigo—, es que no tiene usted bastante con su título?

M. A. Corrales.—Jerez.

Petición de mano:

—¿Y pretendería usted igualmente casarse con mi hija en el caso de que yo no la entregase ninguna dote?

## OZONOPINO RUY-RAM

—Exactamente igual, caballero.

—Entonces, no puedo concedersela, no quiero que haya idiotas en mi familia.

J. G. G.—Madrid.

En el tren:

Un viajero, que va leyendo la guía de ferrocarriles, le pregunta a otro compañero de viaje:

—Oiga, señor, ¿me hace el favor de decirme cuál es la primera estación que viene?

## SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para meriendas

Bodegas de LOS CEAS

Y le contestó el otro, un tanto mosqueado:

—La primera estación que viene es la primavera.

José Sierra.—Zaragoza.

Se hablaba de enanos, y dijo un andaluz:

—El enano más enano que yo he visto era uno tan enano, que cuando le dolían los callos se figuraba que tenía dolor de cabeza.

Francisco Martínez.—Madrid.

## DANDY

La mejor crema para el calzado



—¿Cuál es el animal que anda con más pies?  
—El quiropodista.  
Trampolín.—Madrid.

Dos recién casados están muy amartelados, cuando la criada anuncia la visita de un caballero portugués. Los dos esposos muestran su descontento, y él exclama con visible malhumor:

—¡Caramba, qué oportuno!  
En este momento, el visitante, que entra ya por la puerta, contesta con una amable sonrisa:  
—Sí, señor; soy de Oporto.  
Figg.—Madrid.

En una agencia matrimonial confeccionan el siguiente anuncio:  
“Señorita agraciada, joven, rica y, desgraciadamente, ciega,

**CANAS**

AGUA DE COLONIA  
HIGIENICA  
LA CARMELA  
N. LOPEZ CARO

INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo. Venta todas partes y autor N. López Caro Santiago; y Susurral de Barcelona, Caspe, 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. Republica Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

SANTIAGO

**Ven ya Muerte cuando quieras, he satisfecho mi antojo. ¡He cenado en Botoneras, en Casa de URBANO ROJO.**

desea contraer matrimonio con caballero de buena figura...  
Envíen retratos.”  
El tío Paco.—Zaragoza.

Dice una madre a una amiga suya:  
—Es un prodigio mi niña; tiene tres años y sabe toda la numeración; tiene los números en la cabeza.  
—No es extraño; siendo lista tiene que tener todos los números.  
Enrique Soria.—Madrid.

Un caballero que está almorzando en un restaurante, interrumpe de pronto su faena y grita con ojos espantados:  
—¡Por Dios, camarero! ¡Está usted limpiando ese plato con el pañuelo!...  
—No importa, caballero... Está muy sucio.  
Ange es Cisneros.

Ocurriósele a cierto impertinente preguntar a un conocido suyo:  
—¿Cómo come usted?

Y el conocido, que no estaba de buen humor, le contestó:  
—¿Cómo? ¿Cómo como? ¡Como como como!...  
Félix Avila Muñoz.  
La Línea.

En la plaza de toros:  
Un paleta se acerca a la taquilla y pide una entrada.  
El taquillero le advierte que no quedan más que andanadas, y él la toma, entra y se sienta en el primer tendido que encuentra a su paso.  
Se le acerca un acomodador y le pide la localidad y le dice que no es allí, que es más arriba.  
El paleta sube unos cuantos escalones y se sienta de nuevo.  
Al momento, otro acomodador se le acerca y le dice lo propio.  
El paleta, ya malhumorado, se encara con él y le dice:  
—Aquí dice “andanada”, y yo no he hecho más que andar desde que he entrado.  
Kosako.—Madrid.

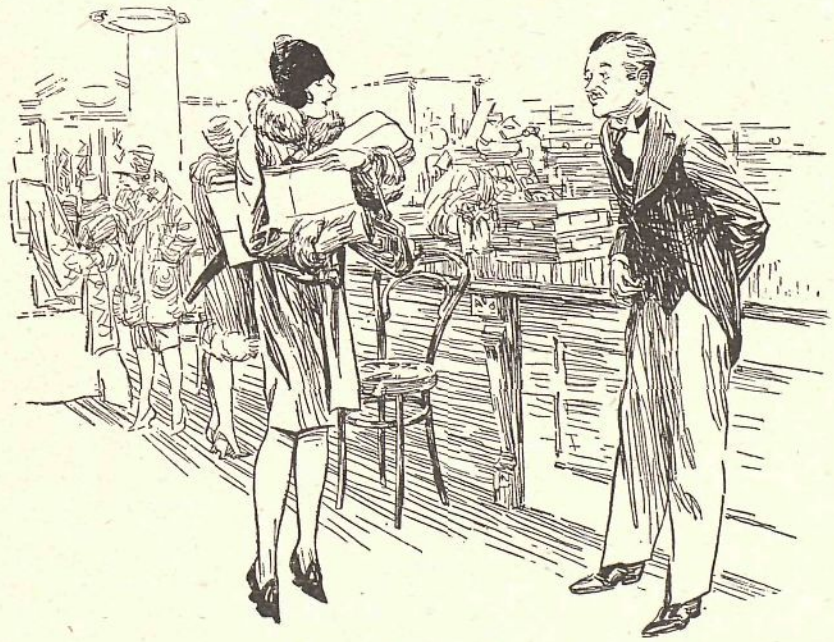
—¿Ha pensado usted, señorito, en el matrimonio?

**CUPON**  
correspondiente al núm. 323 de BUEN HUMOR  
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

**HERNIAS**  
Bragueros científicamente.  
J Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Agosto Figueroa 8

—Sí.  
—Entonces, ¿por qué está soltero?  
—Precisamente por eso; porque lo he pensado.  
Paco el bollero.—Madrid.

Un paleta se acerca a una vetanilla de Telégrafos:  
—A ver, un telegrama.  
—Escríballo.  
—¿No podría hacerlo usted?  
—No, señor; lo tiene que escribir el expedidor.  
—¿Y dónde está?  
Roque.—Valladolid.



De The Passing Show.—Londres.  
—Le dije a mi marido que nos reuniríamos en este departamento; ¿le ha visto usted por aquí?  
—¿Qué tipo tiene? ¿Tiene buenos colores?  
—¡Oh, no. a estas horas, estará pálido de rabia!...



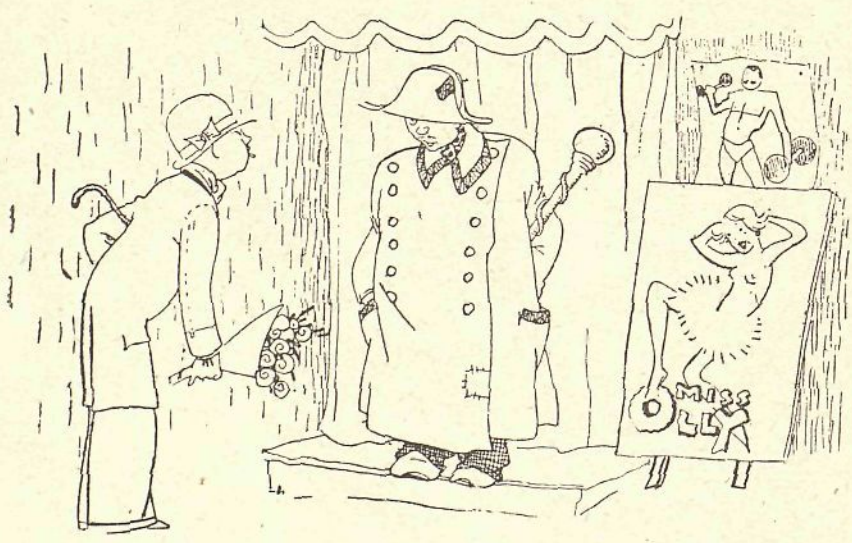
**CABALLERO:**  
el AGUA de COLONIA

*Varon Dandy*

es la única que usada en fricciones, tonifica los músculos, refresca la piel, suprime la fatiga y comunica al cuerpo una fragancia de alta originalidad varonil.

PERFUMERIA PARERA  
BADALONA

El legítimo «Varón Dandy» sólo se vende embotellado. A granel es siempre falsificado.



—Deseo hablar a la señorita Olga, la bailarina.  
—No está ahora; pero puede usted decirme lo que desea, que yo soy su hijo.

**DEPILATORIO VITA**

Depilación segura, rápida y completamente inofensiva del vello y pelo superfluo que tanto afea a la mujer.

De venta en Perfumerías  
A. R. OLIVÉ. Cuesta de Santo Domingo, 2  
MADRID

**Memorio**

MUEBLES

LUJOSA EXPOSICIÓN  
DECORACIONES Y PROYECTOS  
Fernando VI, n.º 3—Teléfono 34.704.  
MADRID





# CREMA

# LIDA

# RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid





TAULER

## COMENTARIOS

- Pues la Paca se ha hecho rica.
- ¿Ha heredado?
- No, fué cocinera durante tres meses,

Ayuntamiento de Madrid

ib. TAULER.—Madrid.